

narraciones  
**SOLARIS**

# **¡NO ME BACILES!**

NUEVA EDICIÓN REVISADA

PARA ENTENDER

**LAS INFECCIONES Y LA RESPUESTA IMMUNITARIA**

**Montserrat Argerich  
Flor Rey**

Octaedro 



**¡NO ME  
PACILES!**

narraciones  
**SOLARIS**



Montserrat Argerich  
Flor Rey

**¡NO ME  
BACILES!**

PARA ENTENDER  
LAS INFECCIONES Y LA RESPUESTA INMUNITARIA

Octaedro 

Colección Solaris  
*¡No me Baciles!*

Primera edición revisada: octubre de 2023

© Montserrat Argerich Tarrés y Flor Rey Teijeiro

© Derechos exclusivos de edición:

Ediciones Octaedro, S.L.  
Bailén, 5 - 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
www.octaedro.com  
octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18819-10-0  
Depósito legal: B 18057-2023

Diseño y maquetación: Clarissa Felkl Prevedello (Octaedro Editorial)  
Producción: Octaedro Editorial

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

*A Eva Dopico, Ángel D. Lozano y Virginia Stiefel,  
cómplices también de este relato.*



# 1

La señora Blanch nunca había tenido un sueño ligero. Sus ronquidos atormentaban al vecindario, pero era difícil pagarle con idéntica moneda: para sacarla del sueño hacía falta el esfuerzo de un titán.

Aquella noche, sin embargo, los ladridos de *Luna* consiguieron despertarla. Esto no sucedía desde una remota ocasión en que Julia, su vecina, estaba de viaje, y la perra había quedado a su cuidado. Era entonces un cachorrito y había enfermado de nostalgia llorando la ausencia de su ama con unos ladridos similares a los que ahora podían oírse.

La anciana rememoró aquellos días como una terrible pesadilla y, pese a los años transcurridos, sintió la misma impotencia. Esperó en vano que los ladridos cesaran. Finalmente, agotada, volvió a caer en un profundo sueño.

Cuando, con un sobresalto, se despertó de nuevo, *Luna* seguía ladrando. Calculó que Julia habría salido ya a trabajar y se levantó de la cama dispuesta a ver qué pasaba.

Decidió utilizar la copia de la llave que Julia le había dejado poco después de instalarse en el piso contiguo y salió de su casa al borde de la histeria.

Desde el rellano de la escalera se veía luz en una de las habitaciones, pero ella sabía con seguridad que a aquellas horas, un martes por la mañana, Julia debería estar trabajando. Por eso, cuando atravesó el umbral de la puerta después de llamar repetidamente al timbre, lo hizo con la cautela de quien teme encontrarse con una sorpresa desagradable más que con el sigilo de una furtiva.

*Luna* se abalanzó sobre ella, fuera de sí. La señora Blanch mantuvo el equilibrio con dificultad. Y, rápidamente, siguió a la perra, una setter irlandesa, que, en su nerviosismo, movía la cola y ladraba como una posesa. Ambas fueron directas hacia la habitación del fondo del pasillo.

Un grito ahogado salió de su garganta al ver los ojos de Julia, abiertos hacia el techo, sin vida. Incrédula, la zarandeó con fuerza, llamándola a voces: «¡Julia! ¡Julia!». Un brazo cayó, flácido, golpeando la cama, y la señora Blanch tuvo la evidencia de que Julia estaba muerta.

El pijama enmarañado cubría el cuerpo de Julia, en medio de un revoltijo de sábanas. La boca dibujaba un gesto crispado y las facciones angulosas acentuaban una palidez mortal. No había duda de que no había sido una muerte plácida. Y toda la lucha de una dura agonía contrastaba con el orden de la habitación.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado?», se preguntaba la señora Blanch. «¿Cuánto tiempo llevará así? ¿Desde cuándo estará muerta, Señor?»

No podía precisar en qué momento *Luna* había empezado a ladrar. Intentó remover en su memoria, diferenciando los sueños de

la realidad, y le pareció recordar el ruido del ascensor, pasos y un portazo. Pero... ¿había sido Julia al volver del trabajo? Juraría que la había oído llegar antes, por la tarde... Sí, estaba segura. Entonces, ¿era ya de madrugada cuando sonó el portazo?, ¿qué hora sería?, ¿quién habría entrado? «¡Dios mío!, ¡Dios mío!», exclamaba entre sollozos la anciana.

Era incapaz de asegurar nada. «¡Ay! ¡Si pudieses hablar...!», pensó mirando con cariño a la perra, que no dejaba de lamerla.

Se acercó al teléfono torpemente y marcó un número. Al cabo de un rato, se sentó abatida, esperando que llegase la policía.

Hacía solamente unos años que Julia y ella eran vecinas, pero le había cogido cariño. ¡Era tan amable! No es que tuvieran una relación muy cercana. Ya se sabe, en las grandes ciudades la gente es fría y no quiere que nadie sepa de su vida. Pero con Julia había sido fácil desde el principio.

Se sentía protegida sabiendo que tenía a alguien al lado. Julia, por su parte, podía contar con ella para pequeños asuntos domésticos, porque estaba casi todo el día fuera de casa. Trabajaba en unos laboratorios estudiando *no sé qué microbios*; salía muy de mañana y algunos días no regresaba hasta la noche.

Al principio le daba lástima que viviese sola. ¡Una mujer tan joven todavía! Pero, pronto, la casa empezó a animarse, porque Julia tenía muchas amistades. ¡Gente tan educada! Aunque a ella eso la traía sin cuidado. No quería meterse donde no la llamaban. No era como esas vecinas que husmean todo lo que pasa en la escalera sin dejar vivir a los demás.

Recorrió con la mirada cada rincón en busca de una señal delatora. No vio restos de sangre ni nada que hiciese sospechar que alguien había entrado en el cuarto. El espejo del gran armario de caoba le devolvía la imagen de Julia con una profundidad irreal, como una pesadilla en la que ella hubiera querido convertir aquella tragedia.

Sobre la cómoda, fotos enmarcadas se mezclaban con figuras de porcelana y cajas de maderas exóticas, escrupulosamente colocadas. Nada fuera de lugar. Unas cuantas prendas, cuidadosamente dobladas, ocupaban un sillón tapizado, al lado de la cama. Al otro lado, encima de la mesilla de noche, se apilaban unos cuantos libros; junto a ellos, se fijó en un frasco de comprimidos. Un presentimiento cruzó su mente por un instante.

Permaneció, de todos modos, en su sitio, sin tocar nada que pudiese entorpecer la investigación policial.

## 2

Ana subió lentamente las escaleras y se dirigió a su sección. El laboratorio ocupaba la tercera planta del Centro de Investigación Microbiológica.

Observó como una extraña el aspecto de la sala y las tareas pendientes desde el día anterior, incapaz de actuar con normalidad antes de poner en orden sus ideas y sus sentimientos.

Trabajaba como técnica de laboratorio desde hacía dos años. Y al entrar, todavía medio dormida, solía saludar a Julia, la bióloga de su sección, antes de correr a ponerse su bata blanca.

Pero esa mañana Julia no estaba en su mesa, ni manipulando los tubos de ensayo ni revisando los cultivos. Y su ausencia no sólo era palpable para Ana: todo el personal se mostraba alterado, lento en disponerse a iniciar el trabajo de la jornada.

Abrió el diario para volver a leer la noticia.

Necesitaba ver escrito el nombre de Julia, sus apellidos, para acabar de creérselo. Se resistía a aceptar su muerte, y una sensación de desamparo emergía de su interior en tono de protesta.

BREVES

SUCESOS

☐ Una bióloga aparece muerta en su domicilio  
Encontrada muerta en su domicilio Julia Ribes Montbau, de 42 años, conocida bióloga especializada en la investigación microbiológica. Se desconocen por el momento las causas de su muerte, aunque, extrañamente, según los primeros indicios, parece relacionarse con la epidemia que azota al ganado lanar del norte de África, en cuyo estudio estaba trabajando la bióloga.

CIENCIA

☐ Científicos de la UPC investigan el gas radón  
Trece grupos de científicos europeos, entre ellos uno de la Universidad Politécnica de Cataluña como único representante español, estudian el comportamiento y los efectos del gas radón y sus derivados, que representa el 40 % de la dosis radiactiva natural media que recibe un español al año. El equipo de la UPC

# Fallece un mezclado en una disc

SUCESOS

■ Es la cuarta muerte por ingestión de drogas sintéticas ocurrida en Cataluña en los últimos dos años

ANTONIA DE LA FUENTE

Durante los últimos años, la actividad del laboratorio se había dedicado a la elaboración de vacunas para determinadas enfermedades infecciosas.

Julia y Ana formaban parte del equipo encargado de estudiar un microbio conocido como *Clasbicum Novyi alfa* (CN alfa). Este microbio lesionaba las neuronas y provocaba en poco tiempo la parálisis muscular y la muerte. Se habían detectado en el norte de África varios casos de infección. El microorganismo afectaba solamente al ganado lanar y el número de animales muertos empezaba a alarmar a las autoridades sanitarias de los países del sur de Europa, debido a la proximidad de la epidemia.

En el Centro de Investigación Microbiológica se había descubierto que el CN alfa anidaba y se reproducía en el intestino de las cabras y de las ovejas. A través de las heces de estos animales po-

día diseminarse por el agua y por el suelo, contaminando, de este modo, el entorno. El ganado se infectaba con los pastos o con el agua, y la enfermedad se extendía en un ciclo devastador.

El cuerpo de Ana, menudo pero fuerte, delataba el cansancio de una noche sin dormir. Sin pintar, se diría que era todavía más joven, y la seriedad que confieren las batas blancas discordaba con su imagen poco convencional. Su cara, habitualmente vivaracha y risueña, parecía inexpresiva, abotargada. Bajo la bata, unas mallas de dibujos geométricos ceñían sus piernas acabando en unos botines negros, anudados hasta los tobillos.

Sabía que Julia no se encontraba bien los últimos días. La tarde anterior a su muerte había salido muy pronto del laboratorio, después de darle instrucciones para que las tareas habituales no se atrasasen. Estaba ojerosa, le dolía la garganta y ella misma había dicho que tenía fiebre.

—Es una amigdalitis purulenta, convéncete —le había diagnosticado Mario, el microbiólogo del laboratorio—. Vete a casa, Julia. Prepárate algo caliente, tómate un antibiótico y métete en la cama. Creo que en el botiquín dejé uno que puede funcionar. Hazme caso —insistía—. No pretendas evitar los antibióticos, como haces siempre. Lo único que logras es prolongar las molestias.

—Sí, Mario. Déjalo ya. Te haré caso —había contestado ella con el tono de quien responde a una cantinela mil veces oída.

Ana interrumpió sus recuerdos y, como una autómatas, se dispuso a ordenar el material, confiando en que la rutina actuase como un ensalmo capaz de aliviar su dolor.

Poco después, entró Mario, que también formaba parte del equipo de estudio del CN alfa. Saludó fríamente. Ana se giró y lo miró con gesto impaciente.

—¿Cómo ha ido el interrogatorio? —preguntó ansiosa.

—Bueno —contestó remiso—, no resulta muy agradable verse rodeado de policías y sentirse, aunque sólo sea por un momento, presunto implicado en una muerte. Han sido amables y no me han entretenido demasiado. Pero no me gusta que se inmiscuyan en mi vida, y un interrogatorio policial siempre tiene algo de atentado contra la intimidad personal.

—A mí me han citado para mañana. No me apetece nada.

Mario era enjuto y desgarbado. Un traje gris acentuaba ese día su aspecto aséptico, casi impersonal. Únicamente la corbata, de dibujos difuminados en tonos cálidos, rompía la sobriedad de su vestimenta. Se había apoyado sobre una de las mesas próximas a la que ocupaba Ana y, mientras hablaba, recorría con la mano, una y otra vez, su perilla bien recortada.

—¡Qué mal trago! El laboratorio parece otro sin Julia —dijo con voz cansina.

—¿Se conocen ya los resultados de la autopsia? —inquirió Ana.

—Sí, aunque aporta pocos datos. La muerte se produjo por paro cardio-respiratorio y los análisis únicamente muestran restos de antibiótico. De todos modos, se esperan los resultados microbiológicos de las muestras de sangre. Hay que descartar cualquier relación con el CN alfa.

—Pero si el CN alfa sólo ataca a las cabras y a las ovejas... ¿De dónde ha podido salir esa idea?

—No sé, pero es necesario asegurarse para aclarar la causa del paro cardio-respiratorio y para desmentir, si es posible, la noticia que ha difundido la prensa. Además, si Julia hubiese muerto infectada por el CN alfa, nos encontraríamos ante un grave problema: tendría que activarse el plan de emergencia en el laboratorio y todo el personal debería someterse a un control.

Los gestos y la dicción de Mario eran tan cuidados que rayaban la pedantería. A Ana le crispaba su tono y la medida con que acompañaba cualquiera de sus actos.

—¿Morir infectada Julia?! —exclamó Ana—. ¡Imposible! Ella que tanto insistía en la importancia de tomar precauciones. No me lo creo. Además sería el primer caso de infección por el CN alfa en una persona.

—Sí. Yo tampoco acabo de creérmelo —apoyó él—. Pero, pese a las precauciones que tomamos, se cometen errores, y siempre hay riesgos que desconocemos.

El laboratorio del Centro de Investigación Microbiológica era modélico en cuanto a medidas de seguridad. Todo el personal era sometido a un riguroso adiestramiento, y las operaciones con microorganismos se realizaban en salas de acceso restringido, construidas con ese fin. Además se hacían repetidos controles tanto del personal como del material y de los equipos.

Por si fuera poco, unos paneles recordaban en letras enormes las normas básicas de seguridad que los laboratorios deben cumplir:

**PRODUCTOS  
INFLAMABLES**

**PROHIBIDO  
FUMAR**

**ES OBLIGATORIO EL USO DE EQUIPOS  
DE PROTECCIÓN INDIVIDUAL**

**LAS MUESTRAS CONTAMINADAS  
DEBEN INCINERARSE EN  
LOS HORNOS CREMATORIOS**

**ES IMPRESCINDIBLE EL USO DEL  
AUTOCLAVE PARA ESTERILIZAR  
EL MATERIAL NO DESECHABLE**

Julia respetaba rigurosamente estas normas. Era precisamente quien más las repetía. Ana había oído un montón de veces sus advertencias: «No olvidéis que en el laboratorio se trabaja con productos de riesgo: tóxicos, corrosivos, irritantes... Hay que tener cuidado al manipularlos. Prestad atención a los símbolos indicadores de peligro».



PELIGRO BIOLÓGICO



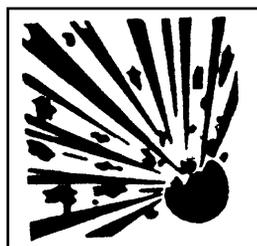
TÓXICO



INFLAMABLE



CORROSIVO



EXPLOSIVO

«Pensad —advertía Julia otras veces— que con los cultivos de gérmenes se pretende que crezcan y se reproduzcan para estudiarlos. Por lo tanto, podemos contaminarnos por cualquier descuido o por cualquier error.»

«Ella no pudo haberse contaminado —se repetía Ana— tiene que haber otros motivos que expliquen su muerte.»

Recordó por un momento su conversación con Mario y consideró que había estado especialmente locuaz, pues era extraño que charlase con ella. Se limitaba a saludar cortésmente y a dar las indicaciones imprescindibles para el trabajo. Supuso que la noticia lo había conmovido también y que necesitaba hablar de Julia. ¿No eran, acaso, las dos personas de la sección más cercanas a ella?

Desde hacía tiempo, Ana intuía que Mario estaba enamorado de Julia. Había observado que el trato deferente pero distante de ella lo sacaba de sus casillas y esto creaba momentos de tensión. Pese a ello, seguían trabajando juntos. Éste era el vínculo real que los ataba: la investigación bacteriológica, y, especialmente, el estudio del CN alfa, que los había absorbido totalmente durante los últimos meses.

## Epílogo

Han pasado años desde la publicación de esta pequeña novela y, al hacer la revisión para una nueva edición, constatamos que la historia que relata sigue siendo desgraciadamente verosímil. La pandemia provocada por el Coronavirus SARS-CoV-2 hace sonar las alarmas y activar los mecanismos para frenar el contagio y la expansión de una nueva enfermedad infecciosa.

El bacilo CN alfa y el mutado CN símplex no existen, nos hemos permitido crearlos en la ficción. La manipulación genética y la obtención de mutantes de bacterias es algo inusual. Pero la conciencia del riesgo de aparición de nuevas enfermedades infecciosas ha aumentado en nuestra sociedad así como la preocupación de los organismos responsables de la Salud pública por controlarlas.

**Si desea más información  
o adquirir el libro  
diríjase a:**

**[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)**

## ¡NO ME βACILES!

Una bióloga muere infectada por el CN alfa, el bacilo que estudiaba para la obtención de una vacuna. Todo el mundo acepta esta muerte como un accidente, excepto Ana, la técnica del laboratorio. Empeñada en descubrir qué hay detrás del accidente, Ana empieza una investigación que la llevará a conocer mejor los microorganismos y también a las personas.



Este libro se completa con una guía de lectura y una propuesta de actividades.



### Montserrat Argerich

Es médica, antropóloga y catedrática de Procesos sanitarios. El conocimiento de la estructura y el funcionamiento del cuerpo humano, así como de sus trastornos, han sido áreas determinantes en su actividad profesional, tanto en el campo de la docencia como en el de la investigación en grupos de trabajo o en diversas publicaciones.



### Flor Rey

Es filóloga y catedrática en Lengua y literatura españolas. Su interés en estimular el gusto por la lectura la ha llevado a participar en talleres de lectura, talleres teatrales y de creación literaria, especialmente a lo largo de su trayectoria como docente. También ha intervenido en proyectos y publicaciones didácticas interdisciplinares.

Octaedro   
Editorial

narraciones  
**SOLARIS**

ISBN 978-84-18819-10-0



9 788418 819100